

150-0025 49.578

AL PRINCIPE D. ALFONSO.

ODA.



XIX  
2500

# AL PRÍNCIPE DON ALFONSO.

ODA

POR

MANUEL FERNANDEZ RUANO.



CÓRDOBA.—1870.

Imprenta del DIARIO.

*San Fernando, 34.*

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY  
1000 S. MICHIGAN AVE.  
CHICAGO, ILL. 60607  
TEL. 773-936-5000



A SU ALTEZA  
EL PRÍNCIPE DE ASTURIAS  
**DON ALFONSO DE BORBON.**

---

Serenísimo Señor:

En medio de la fiebre revolucionaria que nos aniquila, concebí y llevé á efecto el pensamiento de tributar público testimonio de lealtad, adhesion y respeto, así á V. A. como á vuestra augusta madre, mi legítima Soberana.

Si alguna gloria cabe en haber cumplido como bueno, siendo el primer poeta español que levantára con entusiasmo vuestra noble bandera, la reclamo para Córdoba, mi pátria, que no puede olvidaros: á mí, Señor, me basta haber llenado mi deber como poeta, como súbdito y como caballero.

Solo deseaba entonces lo que á la sazón deseo, ofreceros los frutos de mi humilde inteligencia, si desabridos de suyo, sazonados en esta ocasion por el sentimiento que los produce y por la benevolencia que sin duda les dispensará V. A.

Si V. A. se digna aceptarlos, será altísima la honra y eterna la gratitud de

Manuel Fernandez Ruano.



---

## AL PRÍNCIPE DON ALFONSO. (1)



### ODA.

¿Era soñar?... La pompa y la grandeza  
Que en la infancia feliz te sonreía,  
Ocultando del mundo los abrojos;  
La mágica armonía;  
La encantadora luz de la belleza,  
Reflejada en el cielo de tus ojos;  
El blando aroma de la patria mia;  
La espléndida Fortuna  
Que con las galas de su excelso manto  
Cubrió la régia cuna,  
Entre acentos de amor y alegre canto;  
El mirto, los laureles  
Derramados dó quier sobre tus huellas  
Por los hijos del Cid bravos y fieles;  
Tantas honrosas esperanzas bellas;  
El recuerdo inmortal de tantas glorias  
En áureas letras para siempre escrito;  
El poder conquistado en mil victorias  
Que al viento lanzan resonante grito;  
La clamorosa trompa de la Fama  
Que los mares y montes atronando

---

(1) Publicada en el *Tiempo* el día 20 de Abril.

Ilustre y digno sucesor te aclama  
 En el s6lio y poder de San Fernando,  
 ¿Serán la dulce vibracion sonora  
 Que perdida en los céfiros fenece,  
 El fantasma que huyendo se evapora,  
 La ilusion que al brotar se desvanece?

---

Y el largo llanto y tétrica amargura  
 De la excelsa matrona  
 Viendo rota su régia vestidura  
 Y arrojada en el polvo su corona;  
 Al mirar entre angustias y dolores,  
 Cuando agita su luz nefanda tea,  
 Cómo un eden de peregrinas flores  
 Tornóse en campo de mortal pelea  
 Donde luchan hermanos contra hermanos  
 En confusion horrible,  
 Con sangriento puñal entre las manos  
 Y furor en el pecho inextinguible;  
 Al escuchar el pavoroso trueno  
 Del potente cañon que airado estalla,  
 De fuego y muerte lleno,  
 Y el ronco grito de la plebe acalla;  
 Al contemplar el mísero abandono  
 En que su patria gime  
 Sin ley, sin honra, profanado el trono  
 Dó ejemplos diera de bondad sublime;  
 Y al ver en la virtud adusto ceño,  
 Si en cadalso su trono se convierte,  
 ¿Serán tambien fantasmas de un ensueño  
 Que engendraron el Tártaro y la muerte?

---

Quizá tantos dolores  
 Han de pasar ligeros,  
 Cual vagas nieblas de la noche umbrosa,  
 Disipados sus lúgubres vapores  
 Al dulce aliento de la blanca diosa  
 Que en las pintadas bóvedas de Oriente  
 Abre al sol entre alj6fares la puerta:  
 Alza la noble frente,

Escogido de Dios, porque despierta  
 El temible gigante sobrehumano  
 Que el sepulcro de Febo descubria,  
 Mientras su cuna espléndida mecia,  
 Midiendo con sus piés el Occeáno.  
 Jamás el sábio en sus felices horas  
 Abre el pecho á la ciega confianza,  
 Ni entregado á desdichas opresoras  
 Deja de ver la luz de la esperanza;  
 Santo númen que el ánimo sostiene  
 Del justo en la afliccion, cuando le muestra  
 La ventura y la paz que le previene.

En la eternal morada,  
 Dó siempre vive de su pompa ufano  
 Con augusta diadema el arte humano;  
 Donde elevó su frente coronada  
 Por la divina luz el Vaticano;  
 Donde César vencido  
 De su púrpura y cetro se despoja,  
 Cayendo á las mansiones del olvido,  
 Mientras el mundo ante los pies se arroja  
 Del Varon por los cielos escogido,  
 Del Verbo con la púrpura vestido;  
 Allí gozoso, por la vez primera,  
 Viste encerrado en tu inocente pecho  
 Todo el poder y gloria de la esfera  
 Que halló el palacio de la luz estrecho.  
 El Vicario de Dios entre el aroma  
 De angélica virtud, que siempre exhalas,  
 Cubrió tu seno con las ricas galas  
 Del Cordero inmortal, y la paloma  
 Que eterno vuelo en el empíreo toma,  
 Dosel divino te prestó en sus alas.

¡Oh momento de gozo inexplicable,  
 Que á la region purisima te eleva,  
 Y es de esperanzas manantial perenne,  
 De consuelos y amor fuente inefable!  
 ¡Encantadora luz ... sombra adorable!

El Dios potente que á los astros guia,  
 Quizás piadoso en el crisol te prueba  
 Y por sendas incógnitas te lleva  
 Al bello alcázar que tu mente ansia.  
 David, el noble rey, el gran guerrero,  
 Mas que Alejandro en su furor triunfante,  
 ¡Cuántas veces huyó del golpe fiero  
 Del enemigo acero,  
 Hasta llegar al trono rutilante!  
 ¡Cuán honda y cuán suprema  
 Fué la angustia del grande Constantino  
 Hasta ceñirse la imperial diadema  
 Y el mundo conducir á su destino  
 Bajo el radiante Lábaro divino!  
 ¡Cuántas veces Colon, génio profundo,  
 En lágrimas acerbadas envolvía  
 Los fúlgidos contornos de ese mundo  
 Que en su mente titánica nacía!  
 El águila de Jena,  
 Antes de alzar su vuelo hasta la cumbre  
 Do el astro rey esparce la melena,  
 ¡Cuántas veces miró su clara lumbré  
 Y su inmenso, magnífico palacio  
 Con honda fiebre de delirios llena;  
 Y altiva luego en la region serena  
 Halló estrecho á sus alas el espacio!

El porvenir oscuro  
 Ya se dibuja en velo trasparente,  
 Mostrando de tu gloria el brillo puro.  
 Mas ¡ay! tu noble corazón en tanto  
 Que á paso grave y lento  
 Mira llegar el próspero momento,  
 En triste confusion devora el llanto,  
 De amargas quejas inundando el viento  
 Cuando á través del vagaroso giro  
 De la súbita brisa placentera,  
 Recoges entre aromas mi suspiro,  
 Del Bétis exhalado en la ribera;  
 Cuando en brazos de fúlgida esperanza,  
 Ante el solemne abismo de los mares,

Oyes en lontananza  
 Leve rumor de plácidos cantares;  
 Cuando extasiado en la desierta orilla  
 Del cerúleo Titan, ves en el cielo  
 Suspendida la blanca nubecilla,  
 Feliz heraldo de tu noble anhelo,  
 Piensas mirar las torres eminentes,  
 Que mil sueños de gloria te inspiraron,  
 Cuyas altas agujas esplendentes  
 La morada de Dios te señalaron;  
 Piensas oír del pueblo que te adora  
 La voz acongojada,  
 Del que en larga horfandad mísero llora  
 Bajo el yugo feroz de innoble espada;  
 Y el eco clamoroso de sus ayes  
 Penetra en tí, te ciñe, te rodea,  
 Y la sangre que brotan sus heridas  
 De tu pecho infantil también gotea.  
 El áura entonces de la muerte zumba,  
 Y la España á tus ojos se aparece  
 Lívido aborto de gloriosa tumba.

—  
 Pálido su semblante,  
 Siniestras nubes en la noble frente,  
 Ora la vista airada y centellante,  
 Ora vaga, medrosa, indiferente:  
 Sobre rotos altares, sobre escombros  
 Trémulo el pie resbala.  
 Y el manto que descende de sus hombros  
 Solo el perfume del dolor exhala:  
 Destrenzada la luenga cabellera,  
 A un fantasma traidor tiende los brazos:  
 Su espada, su broquel y su bandera  
 Ruedan en polvo vil hechas pedazos.

—  
 El sol de Covadonga milagroso  
 Despojos tristes de su veste alumbra:  
 Hoy de la Fama el canto poderoso  
 Solo la imagen de su ayer encumbra,  
 ¡Oh Príncipe, fanal de la esperanza!  
 Eres la blanca estrella que vislumbra  
 Mi ardiente fantasía:

Dejaste el suelo de la patria mia,  
 Y en su rico vergel se marchitaron  
 Los laureles de Otumba y de Pavía;  
 Los nobles restos de Colon temblaron;  
 Sobre la verde alfombra  
 Y el regalado lecho de sultana,  
 La ciudad de Boabdil miró la sombra  
 De la sangrienta luna musulmana  
 Frente á su gran basílica cristiana;  
 Las bellas flores que en su manto oscuro  
 De majestosa grana,  
 Con sangre de cien victimas teñido  
 El Dos de Mayo funeral ostenta,  
 Mueren al soplo impuro  
 Del soberbio aquilon y la tormenta;  
 Las ondas de Lepanto  
 Mandan solo suspiros á la Historia:  
 ¡Ya no elevan á Dios robusto canto,  
 Ya no rugen con himnos de victoria!

Con lágrimas de fuego  
 Su muerte lloran, y al gemir te llaman  
 Los fieles y esforzados españoles:  
 Oye su amante ruego,  
 Oye la dulce voz con que te aclaman.  
 Solos, en noche oscura,  
 Por ásperos desiertos caminando  
 Sin paz y sin ventura,  
 Van sus blasones por dó quier pisando.  
 ¿Dó está la aurora rutilante y pura,  
 Dónde el iris de paz y de bonanza  
 Que benigna la suerte les augura?  
 ¡Oh noble Alfonso, imán de nuestro anhelo!  
 ¿Siempre alzará tirunfante  
 Su deforme cabeza  
 La vil traicion, erguida y arrogante,  
 Mancillando de España la nobleza,  
 Y el mónstruo del orgullo que gigante  
 Quiere matar diez siglos de grandeza?

No; que con fuerte mano  
 Sabrás poner á los abismos freno

Y templar el furor del Occeáno:  
 Tú llevarás la nave,  
 Hoy vil juguete de borrasca fiera,  
 En las alas del céfiro suave,  
 Al dulce puerto, á la feliz ribera  
 Dó el tierno halago de la paz le espera:  
 Tú romperás los lazos  
 Que al dócil pueblo sin cesar oprimen,  
 Tendiendo amante los heróicos brazos  
 A los que en larga servidumbre gimen:  
 Ese mónstruo del Tártaro potente  
 Ante tí rendirá su espada impia,  
 Débil doblando la orgullosa frente  
 Que á la tierra y al cielo desafía:  
 Tú llevarás del invencible Marte  
 El noble ardor, la lanza triunfadora,  
 Mientras cubre la egida protectora  
 Que Minerva solicita ha de darte  
 Las ricas joyas y el florón del arte;  
 Por tu ilustre bondad y tu denuedo  
 Serás la imágen del valiente Alfonso  
 Que alzó la cruz en la imperial Toledo:  
 La llama portentosa,  
 Rayo divino que á inflamar descende  
 El corazón inquieto del soldado,  
 La que brilló en las Navas y el Salado,  
 Arde en tu pecho y tu pupila enciende:  
 Digno, sí, del monarca laureado  
 Serás, del génio que con fé constante  
 El poema en los cielos escribía  
 De esta nación, celoso ya espirante  
 Que en dos mundos ayer aun no cabía.  
 Por eso un grito de entusiasmo inmenso,  
 En ecos sonoros dilatado,  
 El puro azul de los espacios hiende:  
 Es la ferviente voz del pueblo amado;  
 Hoy radiante de júbilo te llama,  
 Cuando sus triunfos con dolor recuerda  
 Y su inmortal renombre:  
 Es un himno de amor que se derrama,  
 Pronunciando tu nombre  
 A través de las nubes y del viento,  
 Por la vasta región del firmamento.





